

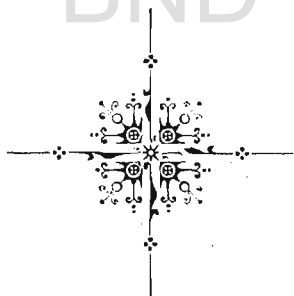
Batalla de las Navas de Tolosa.

CANTO ÉPICO

POR

D. ENRIQUE OCHOA.

BND



ESTELLA:

Imprenta de Eloy Hugalde.

1882.

BND

Batalla de las Navas de Tolosa.

Miraque in hoc prælio contigerun .

Y acnecieron cosas admirables en esta batalla.

(*Ex officio, Ecclesia.*)

I.

De la Cruz á la sombra se ganaron
Los timbres, que en su escudo España ostenta;
Con ella nuestros padres pelearon
En toda empresa, que la fama cuenta;
Y á Cristo con fé ardiente le invocaron
Antes de comenzar la lid sangrienta;
Por eso apénas cabe nuestra gloria
En el inmenso libro de la historia.

II.

Piadoso en Covadonga quiso el Cielo
Coronar los esfuerzos de Pelayo,
Y pronto el musulman el noble suelo
De Astúrias deja con letal desmayo.
Tras siete siglos de sangriento duelo,
Hiriendo al Islamismo con un rayo,
Con la frente ceñida de laureles
Entraron de Granada en los verjeles.

III.

De esta ruda y titánica campaña,
Que demuestra la fé y ardor guerrero
De los valientes hijos de la España,
Un glorioso episodio cantar quiero.
Victoria insigne, singular hazaña
Que dejó respirar al orbe entero;
Mas, al querer cantar tan gran proeza,
Me abruma su magnífica grandeza.

IV.

Jamás osó la humilde **musa** mía,
 De númen pobre y de apagado acento,
 Imaginar que pretendiera un día
 Escalar la region del firmamento.
 Y si hoy épica hazaña en mi osadía,
 Falto de genio y varonil aliento,
 A celebrar me atrevo, temeroso
 De Ycaro el fin espero desastroso.

V.

Al cantar de las Navas la jornada.
 A las musas del viejo paganismo
 No pido inspiracion; fué una cruzada
 que engendraron la fé y el patriotismo,
 Y ser en caso tal debe invocada
 Por quien no encuentra fuerzas en sí mismo.
 No la musa, que habita en el Parnaso,
 Sí la á quien debe su poema el Taso.

VI.

Tres siglos ántes que Isabel primera
 El pendon tremolase castellano
 Del Darro en la bellísima ribera,
 Grande y rica region del suelo hispano
 En situacion gemia lastimera
 Bajo el yugo feroz del africano,
 Y los árabes reyes, que imperaban,
 Tributo al de Marruecos le pagaban.

VII.

Este, cuya ambicion era insaciable,
 En su afan de aplastar al cristianismo.
 Un ejército inmenso, formidable,
 Devorado de ciego fanatismo
 Y por su fuerza y número espantable.
 A cuyo frente se encontraba él mismo.
 Sobre la España echó, que en tanto duelo
 La victoria esperó sólo del cielo.

VIII.

En su hueste, que trae á la memoria
 La que Jérges llevó al suelo griego,
 Creía vinculada la victoria
 Su jefe Mahomad, y á sangre y fuego,
 Y haciendo de la Cruz mofa irrisoria,
 Asolaba los pueblos de ira ciego,
 Quemando la hostia santa en los altares
 Y sembrando el espanto en los hogares.

IX.

Ni piedad inspiraba inermes anciano,
 Ni la virgen de cándida pureza
 Al sanguinario y lúbrico africano;
 Si le cegaba el sol de una belleza,
 La arrebatava al padre ó al hermano
 Y en el harem manchaba su limpieza.
 Si la madre estallaba en ira santa.
 El alfange segaba su garganta.

X.

El perdonar la vida al adversario
 Y llevarle cargado de cadenas.
 Que á la fin le sirvieran de sudario,
 A las mazmorras de tinieblas llenas.
 Dándole un carcelero sanguinario
 Para endulzar y mitigar sus penas.
 Esa es de compasion prueba elocuente
 Que rara vez el musulman consiente.

XI.

Cual la lava del Etna deja muerto,
 Lo que, al bajar, encuentra en su camino:
 Como barre el simoún en el desierto
 Cuanto alcanza en su raudito torbellino:
 Cual huracan que en derrotero incierto
 Arranca el roble secular y el pino,
 Así el árabe quema, barre, espanta
 Doquier que pone su temida planta.

XII.

En tal peligro, Alfonso de Castilla
 Recordando de Alárco la jornada,
 Que juzga ser de su blason mancilla,
 Ruega al Papa publique la cruzada,
 Que venga con los bravos, que acaudilla,
 A Sancho de Navarra, y que la espada
 En defensa del Dios, que adora Roma.
 Contra la hueste saque de Mahoma.

XIII.

Quiso Dios que esta hazaña portentosa
 España sola la llevase á cabo;
 La gente de Castilla belicosa
 Y á su frente el monarca Alfonso octavo.
 La de Navarra siempre valerosa
 Con D. Sancho su rey el Fuerte, el Bravo.
 Y para ayuda de tamaña empresa
 D. Pedro con la hueste aragonesa.

XIV.

Estos tres esforzados campeones
 En cuyos pechos el temor no anida.
 Al abrigo de fuertes torreones
 No quieren esperar la arremetida;
 Les dictan sus valientes corazones
 Que es preciso vencer ó dar la vida,
 Y buscan á lós moros berberiscos
 En altas cumbres y escarpados riscos.

XV.

Al saber Mahomad que ya en la tierra
 Está de la feraz Andalucía
 El español ejército, la sierra
 Ocupa, que es selvática y bravía,
 Y juzga terminada ya la guerra,
 Pues, entrando el cristiano allí, contía,
 Que entre tantos barrancos y fragura
 Encontrará el iluso sepultura.

XVI.

Con firme paso y ánimo sereno
 Avanza el español resueltamente
 Por aquel fragosísimo terreno
 Que pavor inspirara al más valiente.
 Que lo fascina cree el sarraceno
 Cual fascina al gilguero la serpiente.
 Y de gozo infernal está inundado
 Al verle sin vituallas y cansado.

XVII.

No encuentran los cristianos el camino,
 Que de esta fragosísima aspereza
 A la cumbre conduce; su destino
 Parece ser morir en la maleza,
 Ó al filo del alfange damasquino,
 Ó de hambre entre las rocas; la flaqueza
 Dura un momento, y el camino hallando,
 Avanzan la meseta coronando.

XVIII.

Allí observaron á la hueste mora
 Que á desigual batalla provocaba;
 Que, vivas dando al impostor, que adora,
 De innumerables fuerzas alardeaba.
 No era llegada de luchar la hora,
 Y el español su real fortificaba;
 Mas su valor nativo, de acicate
 Le servía, incitándole al combate.

XIX.

Llegó por fin el suspirado día:
 Aun ántes que rayase la alborada
 El ejército hispano se movía;
 Quién buscaba el bridon y quién la espada.
 Uno el arnes luciente requería,
 Otro adarga de cuero y la celada,
 Y si armas no llevaba álguien consigo.
 Quitárselas contaba al enemigo.

XX

Habiase en mitad del campamento
 Erigido un altar; el gran Prelado
 De la imperial Toledo el incruento
 Sacrificio celebra, y el cruzado
 En tan solemne y crítico momento
 Eleva su oracion arrodillado,
 Y, al confesar sus culpas compungido
 No teme ni morir ni ser vencido.

XXI.

Les absuelve el Prelado de Toledo
 Y despues les aplica la plenaria
 Indulgencia del Papa; el rostro lido
 Revela confianza extraordinaria;
 El cielo les señala con el dedo,
 Á quien dirige férvida plegaria,
 Y predice la gloria y la fortuna
 De derrocar la altiva Media Luna.

XXII.

Trompetas y clarines las señales
 Hacen de que comienza la batalla:
 Responden los morunos atabales:
 Rompe el odio con ímpetu la valla;
 Repiten los escuetos peñascales
 El grito de rencor, que pronto estalla,
 Y se destrozan moros y cristianos
 Con los ojos al par que con las manos.

XXIII.

Atruenan el espacio los muslines
 Con sus gritos y estruendo aterradores:
 No cesan un momento los clarines
 Ni callan añafiles y atambores;
 Relinchan los corceles y sus crines
 Se erizan cual la cola, y guerreadores
 Se encabritan y piafan y escarcean
 Por que el combate con ardor desean.

XXIV.

¿Quiéu ese choque describir podría?
 Lidiaba el español por su fé santa,
 Que en peligro inminente se veía;
 Lidiaba por su patria, que la planta
 Profanaba del moro, y se añadía
 Que anhelaba vengar ofensa tanta,
 Que sus hijos, sus bienes, sus hogares
 Defendía á la vez que sus altares.

XXV.

Por el Korán luchaba el agareno.
 Que imponer á la fuerza quiso al mundo:
 Por el desprecio al culto nazareno,
 Por el odio de razas tan profundo.
 De que su corazón estaba lleno.
 Por vil codicia, por placer inmundo:
 Choque de sentimientos tan contrarios
 Fuerza y brío inspiraba extraordinarios.

XXVI.

Ataca con vigor el de Castilla.
 Que el centro ocupa, y con tan buena suerte,
 Que doquiera que alcanza su cuchilla.
 Parece la guadaña de la muerte.
 Ni ginete seguro hay en la silla.
 Ni infante que resista al golpe fuerte.
 Ante ese empuje el moro va cediendo
 Y se retira, siempre combatiendo.

XXVII.

Con buen auspicio la batalla empieza:
 Pero, al correr brioso el castellano
 Persiguiendo al muslim, pronto tropieza
 Con un barranco al que se lanza ufano.
 Cual por ensalmo surge en la aspereza,
 Que domina el barranco do el cristiano
 Se lanzó temerario ó imprudente.
 Número inmenso de enemiga gente.

XXVIII.

Nubes de agudos dardos, lanzas, flechas
 Arrojanle los moros berberiscos;
 Se turban, se confunden, y maltrechas
 Las fuerzas de Castilla á aquellos riscos
 La espalda volver quieren, pues deshechas
 No pueden entre el boj y los lentiscos
 Ni rehacerse, ni avanzar viriles,
 Ni el nublado sufrir de proyectiles.

XXIX.

Inútil es enviar nuevos soldados:
 Cuantos más en tal punto se acumulan,
 Tanto más se contemplan apretados.
 Los moros en tal número pululan,
 Cargando con vigor, que ya obligados
 Los castellanos con dolor reculan,
 Y Alfonso al Arzobispo D. Rodrigo
 Le asegura que triunfa el enemigo.

XXX.

De tan crítico trance en el instante
 Sancho, que de luchar en fuego ardía,
 De sus navarros pónese delante;
 Un potro cordoyes diestro regía
 Negro, fogoso y vivo que arrogante
 Por llevar á tal dueño se sentía;
 En sus armas el sol reververaba:
 Su mirada centellas fulguraba.

XXXI.

De marcial apostura y continente
 Esforzado y cumplido caballero,
 Conquistando renombre de valiente,
 Siempre en las lides figuró el primero.
 Monarca digno de tan brava gente
 Desnudó por la fé su invicto acero,
 Y de Alfonso el agravio recibido
 Por defender la Cruz echó al olvido.

XXXII.

«Navarros, dijo con robusto acento,
 «No he menester recomendar coraje,
 «Que en vuestros ojos veo el ardimiento,
 «Y la bravura os viene de linaje.
 «Pende de vuestro esfuerzo de un momento,
 «Que este abrupto y selvático paraje
 «Testigo sea de una gran victoria,
 «O tumba en que se entierre nuestra gloria.

XXXIII.

«Somos de España la única esperanza;
 «De la cristiana causa campeones;
 «La patria nos confía su venganza
 «Y el honor de batir á esas legiones.
 «No el número, el valor es quien alcanza
 «La victoria, y los fuertes corazones
 «Antes que una derrota vergonzosa
 «Quieren en la pelea muerte honrosa.

XXXIV.

«Vuestro valor proclama el orbe entero;
 «Vuestro empuje es torrente irresistible;
 «Ante tanto soldado y caballero,
 «Que esperan de vosotros lo imposible,
 «Vais á esgrimir vuestro temible acero;
 «Haced en la morisma estrago horrible,
 «Y así tendreis la gloria y la fortuna
 «Para siempre de hundir la Media Luna.

XXXV.

«Morir como un valiente en la pelea
 «Por Dios y por la patria es muerte hermosa.
 «Este martirio por tan noble idea
 «Deja en la tierra estela luminosa,
 «En que la amada patria se recrea,
 «Y recibe de Dios palma gloriosa.
 «Aplastando á la chusma y vil canalla
 «Busquemos esa muerte en la batalla.»

XXXVI.

Así dijo á sus tropas Sancho el Fuerte:
 Y, al caer sobre el flanco sarraceno.
 Parece el mensajero de la muerte;
 Sueña su voz como el fragor del trueno:
 Quien un golpe recibe queda inerte;
 Mirale el musulman, de espanto lleno.
 Blandir aquella espada vengadora,
 Que causa estragos en la gente mora.

XXXVII.

¡Quién me diera cantar la bizarria,
 El ímpetu, el arrojo y la fiereza
 Con que, imitando á su monarca y guía
 Espejo del honor y gentileza.
 Lucharon los navarros aquel día!
 Imposible cantar tanta proeza:
 Sus brazos incansables y nervudos
 Rompen como los cuerpos los escudos.

XXXVIII.

Confundidos ginetes con infantes,
 Que lanzan, al caer, imprecaciones,
 Muerden la tierra; arroyos abundantes
 De sangre corren; árabes bridones
 Huyen sin los ginetes; los turbantes
 Cubren el suelo, y del clarín los sonos
 Dominan de aquel choque en el rüido
 Que apaga los lamentos del herido.

XXXIX

Nueva fuerza, que el árabe presenta,
 Y viene de refresco á la batalla,
 De sangre y de venganza entra sedienta
 Oponiendo de acero una muralla.
 Ante el empuje, que al navarro alienta,
 Despues de rudo combatir, la valla
 Se abre, y por varios puntos penetrando
 La muerte y el espanto va sembrando.

XL.

Es ya en vano se apresten á la lidia
 El feroz y salvaje beduino,
 Los célebres arqueros de Numidia,
 El guerrero de Orán y el tunecino,
 El árabe tan diestro en la perfidia,
 El marroquí del español vecino,
 El que nació del Nilo en la ribera,
 Y el que en el Sahara caza la pantera.

XLI.

Es ya inútil; la hueste catalana
 Y aragonesa, que la izquierda cuida,
 Ha formado de sangre musulmana
 Un lago en su terrible acometida,
 Y rehecha la gente castellana
 Al verse á los costados defendida.
 Ha salvado con ímpetu y bravura
 El barranco funesto que le apura.

XLII.

El moro va cediendo perseguido
 Por el cristiano, que sin tregua avanza,
 Cual jabalí, que el cazador ha herido.
 Se vuelve, y en el perro que le alcanza,
 A seguida que en tierra le ha tendido,
 Descarga su furor y su venganza;
 Así, al huir, el moro se defiende,
 Y el furor del hispano más enciende.

XLIII.

Álzase en aquel punto un gran collado,
 Que termina en amplísima meseta,
 De tiendas de campaña coronado
 Do el pabellon ondea del Profeta.
 Allí se hallaba Mahomad sentado,
 Á quien África toda está sujeta:
 Cuajado de esmeraldas el turbante
 Tiene, y la espada y el Korán delante.

XLIV.

Revuelve Mahomad fieros los ojos
 De un lado á otro en todas direcciones,
 Y en todas partes mira los despojos
 De sus ántes brillantes escuadrones.
 Mira los campos con su sangre rojos,
 Huyendo sin ginetes los bridones,
 Y el pánico que cunde entre sus gentes
 Que dieron tantas pruebas de valientes.

XLV.

Aun el alarbe la victoria espera;
 Aun confía en que el ímpetu cristiano
 Hallará insuperable la barrera
 De aquel collado, y que, si embiste ufano,
 Antes que el sol termine su carrera
 La victoria será del **africano**,
 Pues de bravos falange innumerable
 Defiende aquel collado formidable.

XLVI.

El español ejército cansado
 Está de combatir en todo el día;
 Sofocante el calor es y pesado
 Por que calienta el sol de Andalucía
 Y el caluroso Julio ha promediado.
 Sabe que allí la flor de Berbería
 Defendiendo á su rey y en su presencia
 Ha de oponer terrible resistencia;

XLVII.

Y sin embargo Sancho se adelanta,
 Aprovechar queriendo aquel momento,
 Y en el collado con valor, que espanta,
 Antes que el moro cobre nuevo aliento,
 Pone el navarro su atrevida planta.
 Pero, ántes de asaltar el campamento,
 Del árabe invasor postrer baluarte,
 ¡Cuántos peligros con su rey comparte!

XLVIII.

Por los muslos atados los guerreros,
 Que guarnecen del monte la subida,
 Forman un murallon con sus aceros:
 Y pues no pueden emprender la huida,
 Desesperados lucharán y fieros,
 Resueltos á vender cara la vida.
 Vé esto D. Sancho, y á la valla espesa
 Se lanza cual leon sobre su presa.

XLIX.

Brillan y centellean mil espadas;
 Chocan arneses, cascos y cimeras;
 Se abollan las corazas y celadas;
 Hienden el aire voces lastimeras,
 Que del suelo levántanse apagadas;
 Luchan por largo rato como fieras,
 Y, tras rudo bregar, concluye aquello
 Con espantoso y general degüello.

L.

Ya llegan á la cumbre apetecida
 Que la flor de los árabes corona:
 El palenque rodea la escogida
 Hueste que cuida de la Real Persona:
 Esta gente tan brava y aguerrida
 El campo del combate no abandona,
 Y viene al fin á sucumbir bizarra
 Ante el valor de la legion navarra.

LI.

Estan las tiendas de Mahomad cercadas
 De dos gruesas hileras de cadenas
 A unos postes bien fijos amarradas;
 No queda entre ambas un vacío apénas
 Por que en sus huecos se hallan colocadas
 Lanzas y aljabas de saetas llenas:
 Un palenque enrejado forma el todo.
 Do no se vé de penetrar el modo.

LII.

El crepúsculo llega vespertino,
 Y aún las banderas de Mahoma ondean
 Donde la Cruz del Redentor divino
 Debe imperar; los moros aún pelean:
 Lanzas, flechas arrojan de continuo
 A los tercios cristianos, que golpean
 Con mazas las cadenas fuertemente,
 Mientras otros pelean bravamente.

LIII.

Tántos golpes los brazos dirigieron
 Con las mazas de hierro y de tal suerte,
 Que á la fin las cadenas se rompieron.
 Como el rayo veloz D. Sancho el Fuerte
 Por el boquete estrecho, que le abrieron,
 El peligro afrontando de la muerte,
 Con el acero en mora sangre tinto
 Penetró del palenque en el recinto.

LIV.

Abriéndose ancha calle con la espada.
 Batirse ansiando en singular contienda
 Con el rey Mahomad, de la esplanada
 En el centro encontró la regia tienda
 Con mil preciosidades adornada:
 En tanto aquel por ignorada senda.
 Llevando para escolta tres caballos,
 Huia abandonando á sus vasallos.

LV.

No le seduce del botin el brillo,
 Que le tentára al ménos codicioso,
 Al monarca navarro y gran caudillo.
 Que vuela con sus tropas presuroso
 Del moro en seguimiento; del Castillo
 Del Fresnal se apodera, y afanoso,
 Aunque sin tregua al musulman hostiga,
 No siente ni causancio ni fatiga.

LVI.

La hueste aragonesa y castellana
 Con la navarra en brío compitiendo,
 A la espantada tropa musulmana
 Siguió por largo trecho persiguiendo,
 Sin piedad alanceando á la africana,
 Y el suelo de cadáveres cubriendo,
 Hasta que ya la noche tenebrosa
 Puso fin á jornada tan gloriosa.

LVII.

Cuando las sombras disipó la aurora
 A aquella sierra con su luz bañando,
 La Cruz se descubria redentora
 El campo de batalla señoreando.
 De allí do tremoló la enseña mora
 Y do-acampára el enemigo bando,
 Se divisaban rígidos y yertos
 Ciento ochenta y tres mil alarbes muertos.

LVIII.

D. Sancho el Fuerte, que alcanzó la gloria
 De asaltar el alarbe campamento,
 Perpetuar deseando su memoria
 Y de sus tropas el heróico aliento,
 Que ha pregonado con loor la historia,
 Al terminar combate tan sangriento
 Les dió á su reino y á sus huestes bravas
 Por blason las cadenas de las Navas.



BND